

ENRIQUE GONZÁLEZ ROJO EN SU LABERINTO

Maestro Miguel Ángel Flores

En 1953, con el sello editorial de Cuadernos Americanos, empezó a circular el libro de poesía de un joven de 25 años, que firmaba con el mismo nombre de su ilustre padre. El libro tiene el título de Dimensión Imaginaria y se trata, según el autor, de un poema manifiesto de una escuela de poesía a la que bautizó, junto con sus amigos de correrías literarias, "Poeticismo". Esa escuela, o movimiento, ¿cómo llamar a la propuesta que encabezaba el joven poeta?, no tuvo fortuna y no se consigna, extrañamente, en los anales de la historia de la poesía mexicana, si es que contamos con una solvente historia de la poesía mexicana. Los enterados califican de fracaso los intentos de Enrique González Rojo y sus amigos. Es verdad que no produjo ningún libro de feliz memoria. Pero, al menos para quien les habla esta noche, el "Poeticismo" reviste una importancia singular. Piensa que González Rojo exageró cuando en una

dedicatoria en ejemplar de Dimensión imaginaria escribió que ese libro representaba un, entre comillas, “triste comienzo”.

Considero que la crítica está en deuda con los inicios literarios de González Rojo y sobre su intencionalidad. No entiendo aún por qué Eduardo Lizalde, que formaba parte de ese movimiento, al escribir un balance de éste no hizo ninguna referencia a Dimensión imaginaria. El único que destacó su existencia fue Salvador Elizondo quien hacía lecturas muy detalladas en sus clases de poesía mexicana del largo poema cuya extensión da cuerpo al libro.

¿Por qué considero que es importante el poema? Y yo mismo respondo a mi pregunta. Por tres razones. En una tradición poética, la nuestra, ayuna de manifiestos y propuestas teóricas no deja de ser interesante que a principios de la década de los años cincuenta, época en que se estaban dando importantes cambios en la literatura mexicana, surgiera la propuesta del “Poeticismo” y que aún no se haya analizado su propuesta y cuáles fueron los factores que no fructificara en ningún libro de trascendencia. Brasil ha sido el país de los

manifiestos poéticos, algunos afortunados y otros desafortunados, pero de ellos se consigna su existencia, lo que no sucede entre nosotros. La otra razón sería el aspecto de que por primera vez en la poesía mexicana un poeta se atrevía a introducir en ella un personaje de la literatura infantil, Pulgarcito, cuyas aventuras se desarrollaban en los meandros de la escritura poética; ese atrevimiento contribuía también a destacar otro aspecto ausente de la poesía mexicana: el sentido del humor. Y la tercera razón se refiere a la propensión de González Rojo de partir de la filosofía para armar la estructura del poema.

Imaginemos lo que fue hace ya 63 años escribir un poema que nada tenía que ver con los claroscuros de la poesía que escribían los Contemporáneos ni con la de sus rivales literarios: los Estridentistas, una poesía apartada del tono menor y la melancolía, como la caracterizaba el crítico más destacado de la época, una poesía que se regodeaba en el pudor de la forma y el contenido, donde se respiraban aún aires desprendidos del modernismo.

El poema, tal como lo armó González Rojo, es en el fondo la declaración de la insuficiencia de la poesía para expresar la experiencia literaria y vital. Por ello el autor tuvo que recurrir a un aparato crítico para dar certeza al verso y nos hace muy divertida la lectura. Pero detrás de ese malhadado intento, se advertía algo muy importante: la preocupación de González Rojo por los alcances y límites del lenguaje poético. Lo que el joven poeta escribiría después iba estar impregnado por esta preocupación. Y siendo así, era inevitable su vocación por la filosofía, por el amor al saber, lo que lo convirtió en uno de nuestros poetas más cultos de nuestro universo literario. La filosofía lo llevó a una profunda reflexión sobre la materia que da vida a la poesía. Pero esa vocación no lo condujo por el sendero de la poesía cultista y oscura; ajeno a eso siempre ha intentado que su verso sea legible sin perder su tensión lingüística; me refiero a que su verso es una verdadera elaboración poética. Su verso es libre y discursivo, pero no por ello prescinde de la música y las asociaciones que enriquecen nuestra percepción del mundo.

En el libro de madurez de González Rojo, *Para deletrear el infinito*, Luis Rius, en el prólogo, señala bien cuál había sido la verdadera búsqueda del poeta en su indagación sobre la poesía: “no buscar un lenguaje sino poner el lenguaje en trance de búsqueda”.

En el poema que abre el libro de González Rojo, “Cuando la pluma toma la palabra”, dice en los versos iniciales:

*Con murmullos de lápiz o alaridos de tinta
al través de estos cantos quisiera
encender tales imágenes
que mereciese cada una todo un libro.*

Defiendo que el lector tiene el derecho de tomarse todas las libertades al leer un libro de poemas.

El más reciente libro de Enrique González Rojo Arthur reúne dos amplios poemas: *Salir del laberinto/Empédocles*, compuestos de cantos en los

que los alaridos de tinta encienden un racimo de imágenes deslumbrantes.

El gusto de lectura que proporcionaron ambos poemas se basa primordialmente en su escritura. Se trata de dos largos poemas en los que nunca pierde su tensión el verso: uno lee los poemas verso tras verso y es como si se escuchara una melodía que se sostiene sin dar motivo a distracciones. Los poemas parecen estar regidos por la aventura y el orden. La aventura de construir un poema narrativo que nos remite, no por su tema, sino por su forma, a la poesía del mundo griego cuando las formas de la poesía tenían una cualidad didascálica. Entramos voluntariamente en el laberinto y su salida nos enfrenta con la relectura del mito griego. El mito que nos devuelve nuestro reflejo deformado y al cual intentamos encontrar un sentido. La poesía para los griegos debía narrar la aventura y el orden en el que se desarrollaba la vida de los dioses sujetos a las pasiones que les heredaban a los hombres.

Joseph Campbell alguna vez escribió: “La mitología no es una mentira. La mitología es poesía, es metáfora. Es importante vivir la vida con la

experiencia, y en consecuencia con el conocimiento, de su misterio y de tu propio misterio. Eso le da a la vida resplandor nuevo, una armonía nueva, un brillo nuevo”.

Reescribir el mito griego es para González Rojo encontrar el sentido de esa aventura y ese orden en las relaciones de la pareja perdida en un laberinto sin encontrar el hilo de Ariadna:

*Hombre y mujer adivinaron
que sólo si entrecruzaran sus almas
-no sólo en el dulce coloquio del jaeo-
sino que interpretaran su programa de vida
a cuatro manos,
a cuatro vientos sobre el teclado,
sólo así podría desmoronarse piedra a piedra
el laberinto,
sólo así podría realizarse un gran holocausto de
llaves,
sólo así podría llevarse al cuello*

del Minotauro

la gloria escarlata

del hachazo.

Teseo, lo sabemos bien, era dado a toda clase de aventuras. Gustaba desafiar al peligro. Hijo de Poseidón, fue a Creta a entregar el tributo anual que a esa isla debía pagar a Atenas y que consistía en la entrega de siete vírgenes y siete jóvenes, para alimento al Minotauro, el habitante del laberinto de donde nadie salía vivo. Entrar al laberinto equivalía a descender al Hades. Teseo se propuso aniquilar al Minotauro y salir del laberinto con la ayuda de Ariadna, que le proporciona una madeja para que le sirviera de guía entre los vericuetos del laberinto. Ariadna se había enamorado perdidamente de Teseo.

Teseo estaba dispuesto a acabar con el Minotauro y corresponder al amor de Ariadna. La lucha con el Minotauro tiene su correspondencia con la lucha con el ángel en la tradición bíblica. Destruir al monstruo será el triunfo del amor para Teseo.

El laberinto como metáfora como metáfora de la existencia:

*El laberinto era un infierno en miniatura,
donde las llamas punitivas asumían la forma
del quemante extravió
permanente.
el único que deambulaba,
si no feliz,
fascinado
de matarlo todo
-mujeres, hombres, tiempo-
era el Minotauro.*

Del mito pasamos al amor a la sabiduría. A la indagación sobre nuestra existencia y la necesidad de nombrar y dar sentido a los elementos. Las nominaciones de Empédocles lo emparentan con la poesía.

Sabiéndolos raíces y huecos maternos

de toda la maleza de cosas y de bestias,

Empédocles les dio a los elementos

el nombre de rízómatas:

Así, González Rojo nos va conduciendo por el pensamiento de Empédocles con la elegancia de su verbo, con la afinación de su música Empédocles elaboró la teoría de los cuatro elementos que constituyen nuestro ámbito, nuestro hábitat de seres humanos, las fuerzas de nuestro destino:

*El **agua** es la raíz*

no sólo del océano

(donde toda quietud termina ahogada);

también del mar de lágrimas

sin playas de entereza,

que brota ante la muerte y su cortejo

de silencios mayores.

*El **fuego** es la raigambre*

de no sé cuántas octavas de fulgor

que van de la luciérnaga al incendio;

.....

*El **aire** no es tan sólo la matriz
del huracán que estalla en la arboleda
el carnaval nervioso de lo verde:
igual es el rizoma de la brisa que en la altura
conforma, a toda vela, la metáfora
del flujo y el reflujo de los mares.
La **tierra** es la raíz de las raíces,
abuela del perfume que le sirve
de atmósfera en las flores.*

Me pregunto, ¿puede haber mejor lección de poesía y sabiduría en esta relectura del mito y la filosofía?

Muchas gracias.



